

Cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡Feliz año nuevo!

Las fiestas de fin de año normalmente son divertidas. A los dieciséis convences a tus padres para que te dejen ir a pasarlo a la casa de tu amiga. A los diecinueve ya te dejan salir y te desmadras, al siguiente día no te acuerdas de nada. A los veintitrés pasas el fin de año con el que tú creías que era tu perfecto novio. A los veintiséis ya lo has dejado con tu príncipe azul y no te queda más remedio que volver a pasar el fin de año con tu familia. Y a los veintiocho años ves como te acercas peligrosamente a los treinta y tu corazón sigue vacío, sin ningún hombre asechándolo.

Eso es triste, muy triste, y gracias a mi mala suerte, me ha tocado vivirlo.

Me llamo Misha y esta noche estoy en esta estúpida fiesta por mi mejor amiga, Cleo. Me quedan dos meses para cumplir los treinta y siete y aun sigo sola y viviendo en la parte de arriba de la casa de mis padres.

Aquella fiesta me estaba hartando, así que subí a la última planta de la casa y me dirigí al cuarto de mi amiga. Subiendo la escalera conocí a unos seis chicos que no paraban de presentarse. Abrí la puerta del cuarto y vi a un joven chico rubio en la cama, sentado.

-Lo siento, no quería molestar- me disculpé.

-Espera, no te preocupes. Pasa, solo he venido para poder hablar por teléfono pero ya me voy- dijo mostrando una espectacular sonrisa y mirándome fijamente a los ojos.

Me hizo señas para que me sentara en la cama, a su lado. No sé por qué pero le hice caso.

-Me llamo Ian ¿y tú?- me dijo mientras volvía a marcar el número en su móvil.

-Yo... soy Misha- contesté tartamudeando.

¿Por qué tartamudeaba? ¿Solo porque tenía al hombre más atractivo que había visto en mi vida sentado a mi lado? Era perfecto. Tenía los ojos de un azul tan claro que hipnotizaban, su sonrisa era encantadora y su voz simplemente me encantaba.

Llamó una vez más y como no obtuvo respuesta guardó su móvil en el bolsillo de su pantalón. Se giró para mirarme.

-¿Te importa que me quede aquí contigo? La fiesta es un auténtico desastre.

-Creía que era la única que opinaba así- sonreí.

Le miré directamente a los ojos, un gran error por mi parte. No podía dejar de mirarle.

“Márchate Misha, ahora.” Mi mente me hablaba, me aconsejaba pero mi corazón seguía luchando, obligando a mi cuerpo a quedarse allí, a su lado.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué no podía marcharme de allí? ¿Por qué luchaba con todas mis fuerzas por quedarme hablando con él? ¿Por qué no podía dejar de mirarle a los ojos mientras él sonreía? “Sal de ahí”, me volví a repetir.

Utilizando una fuerza sobrehumana me di la vuelta. Estaba intentando recordar donde guardaba Cleo las mantas. Lo había olvidado y eso era muy extraño puesto que me conocía esa casa tan bien como la mía. Me levanté y abrí el ropero, estaban allí. Ian seguía sentado en el borde de la cama, observándome. Cogí una manta y me tumbé en la cama después de quitarme los tacones. Cerré los ojos y comencé a respirar hondo.

-¿Vas a dormir? ¿Si quieres me voy?- me preguntó girándose para poder mirarme a la cara.

-No, no te preocupes. En todo caso la que se tendría que marchar soy yo, tú ya estabas aquí- dije otra vez tartamudeando.

-¿Que podemos hacer para matar el tiempo? Ya sé, cuéntame cosas de ti.

-¿Qué quieres que te cuente?- pregunté vergonzosa.

-¿De que conoces a mi prima Cleo?- rompió el hielo.

-Es mi mejor amiga. Nos conocimos el primer año de instituto y ahora trabajamos juntas.

-¿En el hospital? ¿Tú también eres enfermera?

-No, yo soy cirujana. Trabaja conmigo en muchas operaciones.

-¿Cirujana?- preguntó estupefacto.

-Sí.

-No pareces la típica cirujana.

-Eso es porque yo no soy la típica cirujana.

-Bien dicho.- rió- ¿Cuántos años cumples?

-¿Qué?

-Sé que tú y mi prima estais organizando algo porque dentro de dos meses es tu cumpleaños. ¿Cuántos cumples?

-Treinta y siete.

-Te conservas muy bien.

-Supongo que debo decir gracias.

Estuvimos hablando un rato más. Me contó que vivía en California y que estaba aquí para pasar las navidades con la familia.

-¿A que te dedicas tú?

-Soy instructor de surf.

-Tú si que pareces el típico instructor de surf, rubio, ojos azules, moreno, guapo- me callé.

¿Le acababa de decir que era guapo? ¿Por qué no podía pensar en voz baja como todo el mundo?

-Gracias- contestó.

Me levanté, doble la manta y cogí mis tacones. Le dije adiós sin mirar hacia atrás.

-Espera,- me dijo antes de que saliera- me gustaría volver a verte.

-Creo que eso no será posible- dije parada en la puerta.

-¿Por qué?

-Te voy a ser sincera.- me di la vuelta y volví a sentarme en la cama- No me gusta estar a solas con un hombre, he tenido muy malas experiencias.

-Yo no he dicho que vayamos a estar a solas- sonrió.

-¿A no? ¿Y que has planeado?

-Aun nada pero te prometo que no estaremos a solas.

Todavía estaba sonriendo. Estaba tan encantador. De pronto algo recorrió mi cuerpo. Era una mezcla de felicidad e inseguridad. Me acerqué a él y le besé. Fue un impulso, no pude remediarlo.

Mi mente me obligaba a parar pero... ¿Qué estaba haciendo? ¿Aún le seguía besando? "Misha, eres imposible". Sí, seguía besándole y no me arrepentía, al menos por una parte. La buena era que este estaba siendo el mejor beso de toda mi vida y la mala era que sabía que estaba besando a un crío.

Paramos de besarnos y seguimos con las frentes pegadas, con nuestras bocas a una distancia peligrosamente cerca aun.

-Lo siento, ha sido un error, no debí...

-Calla- me dijo- no lo sientas, yo no lo hago. No sé porque pero no lo hago.

-¿Qué edad tienes?- le pregunté de pronto.

-¿Importa?- preguntó él.

-¿Estoy infringiendo la ley?- cuestioné yo ignorando su pregunta.

Él rió.

-Tengo veintiséis.

-Creo que debo irme.

-Es la una de la mañana, la fiesta acaba de comenzar.

-Debo irme.

-Como quieras. Te llamaré mañana para aclarar la hora de la cita.

-No tienes mi número.

-Tranquila, lo conseguiré- me guiñó un ojo.

Cerré la puerta y bajé las escaleras corriendo. Me subí a mi coche y me recosté en el sillón contando hasta diez. Su forma de comportarse era tan fascinante, en cambio la mía era de cría. ¿Tartamudear? ¿A qué venía eso? Nunca había tartamudeado. ¿Por qué lo hacía por él?

Llegué a mi casa. No había nadie pues mis padres se habían marchado a casa de mis tíos para pasar la nochevieja. Me bañé y me acosté en la cama, mirando al techo.

Ian, no lo conocía de nada pero ya lo echaba de menos. ¿Eso era posible?

Desperté al mediodía. Un pitido no paraba de sonar. Mire mi móvil, no podía ser, estaba apagado. El ruido llegaba desde el escritorio. Me acerqué y me di cuenta de lo que era. El busca no paraba de sonar. Me bañé corriendo, cogí un croissant y me marché a toda prisa al hospital.

Cuando llegué pude ver como estaba todo. Chicos heridos por peleas, jóvenes con coma etílico, mujeres a punto de dar a luz y muchísimos periodistas que querían grabar al primer niño del año. Era una locura.

Me dirigí al vestuario para poder cambiarme. Miré mi busca, habitación 214. O no, recordaba quien estaba en esa habitación. Paciente: Omán Dean, Dolly, cinco años. Síntoma: Adenocarcinoma de pulmón con metástasis en el cerebro. La cifra 660 tampoco decía nada bueno. Significaba un paro cardíaco y si no me daba prisa puede que no llegara a tiempo.

Salí corriendo del vestuario, chocando con todos los pacientes que esperaban su turno en los pasillos. Llegué a la habitación. Cleo y otros enfermeros estaban dentro.

-Ponedle la respiración asistida- dije mientras acercaba el carro con el desfibrilador a la cama de la pequeña.

Estuvimos diez minutos haciéndole la reanimación pero no funcionó. La pequeña murió. Aquella niña había estado dos años en el hospital y le tenía mucho cariño Me marché de nuevo al vestuario. Hoy no trabajaba, solo me habían mandado el mensaje porque hacía mucha falta. Me lavé, me quité la bata y volví a mi casa.

Cuando llegué me tumbé en el sofá. Las horas pasaban mientras yo comía cereales y veía la televisión. A las tres de la tarde sonó el teléfono.

-¿Sí?- mi voz sonó triste.

-Oh, oh ¿llamó en un mal momento?

Esa voz... sí, era él. ¿El teléfono de mi casa? Como mucho creía que conseguiría mi móvil. Enseguida Cleo me vino a la cabeza. Seguro que se lo había dado ella.

-No, no podías ser más oportuno.

-¿Qué te pasa?- preguntó preocupado.

-¿A qué hora quedamos?

-No tienes por qué ir si no quieres.

-Si quiero y así te cuento que es lo que me pasa.

-Vale, pues... ¿a las siete está bien?

-Perfecto.

-Entonces te paso a recoger a las siete.

-No sabes dónde... vale, Cleo ¿te ha dado también mi carnet de identidad?

-No, le he dicho que de momento no lo necesitaba- rió y colgó.

Me vestí aunque tardé más de lo normal. Quería estar perfecta.

A las siete menos cinco escuché la pita de un coche. Me asomé a la ventana, era él. Cogí mi bolso y mi chaqueta y salí corriendo.

Me subí al coche y me besó. ¿Qué estaba haciendo? Podía ser mi hermano pequeño. Es más, era más pequeño que mi hermano pequeño.

No sabía a dónde íbamos, solo sabía que no estaríamos solos.

Llegamos al centro de la ciudad, aparcó el coche y bajamos. Me dijo que sería una noche de ensueño, eso podía definirse de muchas maneras.

Primero, me llevó a cenar al restaurante de la ciudad. Tenía razón, no estábamos a solas.

Las horas en el restaurante pasaron demasiado deprisa. No habíamos parado de hablar, de sueños, de viajes, de deportes, en fin, de cosas que en realidad no importaban nada.

Pagó la cena y nos dirigimos a la avenida. Pasear por la orilla del mar de noche no era una idea que me agradara mucho pero, con él, la cosa cambiaba. Íbamos cogidos de la mano, riendo y mojándonos.

Justo en el momento en que me iba a besar tropecé con una piedra, me agarré a él para no caerme, pero no funcionó, caímos juntos en la arena.

Intenté levantarme pero no pude, estaba encima de mí y no paraba de mirarme. Yo intentaba mirar hacia otro lado. Sus ojos tenían algo tan extraño que estaba segura de que si me fijaba en ellos no podría salir de su mirada.

Cuando giré la cara para mirarle, me besó. Esta vez no pude detenerle. Me gustaba, de eso estaba segura. Estaba al borde de enamorarme de él, eso también lo sabía y no me gustaba nada saberlo. ¿Sería capaz de enamorarme de él?

Tenía que parar aquello, cuanto antes. Justo en ese momento, cuando iba a quitármelo de encima, una sensación bastante agradable recorrió mi cuerpo. Creo que a eso lo llamaban felicidad.

¿Por qué ponía tantas pegas? Tenía a un chico espectacular encima de mí, besándome bajo la luna.

Tras ese pensamiento contesté a mi anterior pregunta. No sería capaz de enamorarme de él, ya lo había hecho.

¿Cómo puedes enamorarte de una persona en un solo día? ¿Existiría de verdad ese amor a primera vista del que tanto hablan?

-Te quiero- me dijo de pronto.

No lo podía creer. Había dicho que me quería.

-¡¡Esto no puede ser.

-Que yo sepa no estas con nadie en este momento. ¿Me equivoco?

-No, no te equivocas. Es que...

-¿La edad? ¿Ese es el problema? ¿Qué nos llevamos once años de diferencia?

-Sabes que no funcionará.

-Si luchas puedes perder pero si no luchas estas perdido. No le has dado ni una sola oportunidad a esta relación.

-Nos conocimos ayer, es una locura.

-Lo sé, pero te quiero. Nunca había querido a nadie como te quiero a ti. Sé que es una locura, sé que eres mucho más grande que yo, aun así te quiero- se le veía triste.

Me levanté y puse a caminar para llegar de vuelta al coche. Pude escucharlo a mis espaldas, gritando.

-Sé que sientes lo mismo. ¿Por qué te empeñas en ocultar lo obvio?

Me di la vuelta y le grité. Todos en la playa escuchaban nuestra conversación.

-No lo oculto. Tengo miedo. Me he enamorado de ti en unas cuantas horas. No sé por qué pero te amo. Tengo miedo porque sé que esto es irracional, es un amor imposible.

-¡Eso es una estupidez!- se acercó a mí- Por favor, una oportunidad, solo te pido una.

Le besé. Él sonrió y me apretó contra él.

-¿No vamos muy rápido? Casi ni nos conocemos.- le pregunté.

-Las cosas malas o las personas en este caso, son las que tardas más tiempo en conocer y en querer. No tengo ni idea de si saldrá bien, disfrutemos mientras dure.

Las siguientes semanas fueron espectaculares. Fuimos al cine, a pasear por la playa,...

Llegó el día 1 de marzo. Mi cumpleaños. Unos cuantos meses antes pensaría que ese era el peor día de mi vida pero no ahora, no estaba sola.

Me preparé y me dirigí al hospital. Nada más llegar saludé a mi amiga que estaba en la sala de enfermeras haciendo el cuadrante. Me felicitó y me dijo que no me preocupara por la fiesta que ya estaba todo preparado.

Tras tres operaciones seguidas fui a la cafetería, no había comido nada desde el desayuno y me estaba mareando. Tuve que apagar el móvil, los mensajes y las llamadas de felicitación me estaban frustrando. Y no sabía por qué. Normalmente me encantaba que la gente fuera cariñosa conmigo.

Entonces llego mi jefe, me dio el día libre, por mi cumpleaños. Se lo agradecí, mucho.

Llegue a casa súper cansada a pesar de que no había trabajado mucho, la semana anterior había sido agotadora. Encendí de nuevo el teléfono, era muy egoísta por mi parte no agradecer las felicitaciones pero cumplir un año más, aun sabiendo la edad que me diferenciaba de Ian, no me hacía mucha gracia.

Tocaron en la puerta, era mi madre. Después de varios minutos hablando, más bien gritando, me termino por convencer de que la relación no llegaría a ninguna parte. Aunque no se cabreó porque se hubiese enterado por otra persona y no por mi después de tres meses.

Le había dado la oportunidad que me había pedido a nuestra relación. Lo había pasado muy bien a su lado, quizás fueron las mejores semanas de mi vida. Pero también es

cierto que durante esas semanas no había olvidado, ni por un solo segundo, la gran diferencia de edad.

Y ahora, en el aeropuerto pensando, creo que tengo razón. Que no me equivoco, aun le sigo amando pero había que ser razonables. No podía permitir que mi pequeña fantasía se alargara más. Después sería más difícil para todos.

Llegó la hora de embarcar y por un minuto me entró el pánico. Pensé en mis padres, en mi trabajo, en mis amigos y en la maravillosa fiesta que habíamos preparado y que yo acababa de rechazar. Y por último pensé en Ian, él era el eje de todo, o por lo menos lo había sido durante los últimos meses.

Mire atrás, quizá estuviera ahí. Pero no. ¿Qué esperaba? ¿Qué cómo en las películas me fuera a buscar a última hora? No. Yo había cometido el error. Fui yo la que decidió irse dejándolo todo atrás.

Por mucho que lo deseara, en esta historia no cabía un final feliz.